EL PASTOR NOS HABLA…

(Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario 2026)

Unos meses antes de cumplir 68 años, me hice una pregunta sencilla pero importante: «Ahora que voy a cumplir 68 años, ¿qué propósito debería proponerme?». Y llegué a esta conclusión: quiero pedirle al Señor que me convierta en una persona más amable, más bondadosa y más compasiva.

Lo deseaba sinceramente. Pero pronto descubrí que pedirle a Dios estas virtudes también implicaba permitirle ponerlas a prueba.

Por ejemplo, mi madre cumple 96 años este diciembre. He notado cambios significativos en ella y, a veces, me pregunto si está empezando a padecer demencia. Cada vez que la veo, recuerdo todos los años que dedicó a cuidarnos a nosotros, sus hijos. Ahora que envejece y se vuelve más vulnerable, siento que el Señor me brinda la oportunidad de devolverle ese amor mediante una mayor paciencia, amabilidad y compasión.

Por otra parte, durante un reciente viaje a Madrid, España, mientras comía en un restaurante, me fijé en alguien que pedía limosna en la calle. Me pregunté: «¿Cómo puedo disfrutar tranquilamente de mi comida cuando alguien, aquí cerca, no tiene nada que comer?». Así que salí y le di algo a esa persona. Unos días después, en Fátima, Portugal, ocurrió algo parecido. Una pareja de ancianos entró en un restaurante, al parecer pidiendo comida. Nadie quería atenderlos. Cuando le pedí al camarero que les sirviera algo de comer y le dije que yo pagaría, él me advirtió que eran mendigos e incluso los llamó «bandidos». Pero le respondí: «No, ellos también son hijos de Dios». En ese momento, no pude evitar ver el rostro sufriente de Jesús en aquellas personas.

Estas experiencias me llevan al Evangelio de hoy: la parábola de los talentos. El señor confió distintas cantidades de talentos a tres siervos. Los dos primeros invirtieron lo que recibieron y lo multiplicaron; pero el tercer siervo enterró su talento porque tenía miedo. A menudo, entendemos estos «talentos» como los dones, las capacidades y las oportunidades que Dios nos ha confiado. Sin embargo, creo que también abarcan los recursos materiales que poseemos, nuestro tiempo, nuestras bendiciones e, incluso, la capacidad de amar y cuidar a los demás. Dios no nos otorga estos recursos simplemente para nuestro propio disfrute. Nos los da para que podamos hacerlos fructificar en beneficio de los demás.

Viene a mi mente, de manera especial, la enseñanza del Papa León XIII en su encíclica *Rerum Novarum*, que aborda nuestra responsabilidad hacia quienes se encuentran en situación de necesidad. El principio fundamental es que ayudar a los pobres no es solo un acto de caridad; es también una cuestión de justicia. Lo que poseemos en abundancia no debería volvernos indiferentes ante aquellos a quienes les faltan incluso las necesidades básicas para la vida.

Quizás la pregunta que deberíamos plantearnos hoy no sea simplemente: «¿Qué talentos me ha dado Dios?», sino más bien: «¿Qué estoy haciendo con los talentos y las bendiciones que Dios me ha confiado?». Tal vez no sea necesario realizar hazañas extraordinarias. A veces, multiplicar nuestros talentos comienza por ser más pacientes con un padre anciano, más generosos con quien tiene hambre, más compasivos con quien sufre y más atentos hacia aquellos a quienes la sociedad ha olvidado.

Al celebrar un año más de vida, sigo pidiendo al Señor que me haga más bondadoso, más afable y más compasivo. Y, tal vez, esa sea una forma de hacer fructificar los talentos que Dios me ha concedido.

Porque, al fin y al cabo, el mayor talento que podemos multiplicar es el amor que compartimos con los demás.

Rev. Engelberto G. Gammad, JCD
Cura Párroco